3.1

ORACION INAUGURAL

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA

EN EL CURSO DE 1869 A 1870,

PRONUNCIADA

POR EL DOCTOR D. JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO,

EX-DIRECTOR GENERAL DE INSTRUCCION PÚBLICA

Y

CATEDRÁTICO PROPIETARIO POR OPOSICION

de literatura general y Española.

SEVILLA:
Imprenta y Librería, calle de las Siérpes,
núm. 35 antiguo y 73 moderno.

1869.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR.

El espíritu investigador, noble distintivo de la edad presente, es uno de los mayores títulos de gloria que el siglo XIX puede presentar á la consideracion de las generaciones venideras: no contento con estudiar y exponer las doctrinas de los sábios que han florecido en todos tiempos, para que sirvan entre nosotros, y en lo futuro, de luz, de guia y de enseñanza, registra con infatigable anhelo en archivos y bibliotecas los documentos de la antigüedad, á fin de esclarecer con ellos la niebla en que se presentaba envuelta á nuestros ojos.

Dos escuelas distínguense en ese deseo de investigacion: una libre é independiente; acaso con exceso; por guia su razon sola, no echa de ver algunas veces que los límites puestos por Dios á los alcances intelectuales, ó la pasion la impiden llegar al término de su deseo y se descamina de la verdad que busca. La

otra libre como esta, su antorcha es tambien la razon; pero ligada á la fé, tiene la ventaja de acudir á ella, cuando las fuerzas de su juicio no consiguen la explicacion de arcanos que solo pueden aclararse siguiendo la revelacion divina. Y no es de hoy este fenómeno: esa constante controversia abrió camino á la civilizacion desde las primeras generaciones, y continuó así hasta nuestros dias. Las luchas violentas y encarnizadas de antiguos y modernos filósofos, las guerras religiosas, la infatigable agitacion de los políticos, ¿de qué otra casa provienen sino de la constante y viva pugna de las dos escuelas y de las dos críticas? Si unas veces la polémica es tranquila y otras activa é impetuosa, y á su choque en lugar de luz brotan abrasadores incendios, no por eso deja la mente humana, empujada por misterioso instinto, de seguir en la investigacion de verdades desconocidas.

Esa es la sociedad y esa su senda: siempre el error sirviendo de estímulo á la verdad: Dios, que ha entregado el mundo á la disputa de los hombres, no quiso sin duda que los secretos de la sabiduría se alcanzasen sin penalidades y constantes desvelos. De ahí esa lentitud, esos retrocesos, esas fatigas con que la sociedad camina á la contínua hácia su perfeccion; de ahí las discusiones ardientes de las dos críticas; pero sin ellas las naciones permanecerian aûn en la infancia.

Fijad, señores, la vista en la Edad Media, y recordareis que no há mucho tiempo en cuanto de ella se mostraba á nuestros ojos, como en las ruedas de lo pasado y lo futuro de que habla Mena en su Laberinto, veíanse las figuras, áun las mas ingentes, á través de oscuro velo que

les quitaba el contorno, presentadas en revuelta confusion. Voltaire en su historia de las costumbres de esa época no puso en ella claridad bastante para conocerla; ántes por el contrario, pobre en la investigacion y desacertado en la crítica, ni sus noticias instruyen, ni su juicio, injusto por extremo, acierta á descifrar su verdadero carácter.

Tiempos han venido despues más felices para el conocimiento de la Edad Media con la investigacion concienzuda de los doctos: en ella poniéndonos de manifiesto las maravillosas creaciones del ingenio, y tesoros de saber, ántes ignorados, se han podido conocer sus instituciones, sus costumbres, sus sentimientos y sus creencias; se ha visto que su civilizacion fué base de la nuestra; que sus ideas de sensata libertad encontraron eco en nosotros; que aquel aliento de inquebrantable honor áun no han logrado extinguirlo tristísimos ejemplos en contrario, y que aquella fé tan viva, tan ardiente, tan dispuesta al sacrificio germina hoy en nosotros, firme como roca del mar en medio de bravas olas, sin que logren destruirla los fuertes y redoblados ataques de la impiedad.

Siendo esto así no deberá extrañarse que dedique á esa Edad el presente discurso, porque tambien primero que en ninguna otra se muestra más clara la índole de las dos críticas. Pequeña ofrenda es, bien lo conozco, por salir de mis labios, pero grande por la alteza y santidad del sitio, y porque me dirijo á vosotros, amados compañeros mios, y á este nobilísimo concurso: á vosotros, que constituís el más alto cuerpo científico de Sevilla, á él, que reune cuanto de notable encierra en sus

muros por la categoría social, por la doctrina ó el talento.

Mi propósito no es dar á conocer completamente la Edad Media; que esto, sobre ser superior á mis fuerzas, excede á los estrechos límites de este linaje de producciones; sino fijar el instante en que aquellos rudos elementos fuéronse puliendo y presentándose más dignos de estimacion y de láuro.

Nadie dudará que ese punto es el siglo XIII, llamado por autonomásia el siglo de oro de la Edad Media. En él concurrieron circunstancias felices para que en los pueblos europeos rayase la aurora de la cultura social.

Empero tampoco todo esto cabria en mi trabajo, ni á tanto se atreveria mi humilde intento: senda más fácil es la mia, si nó tan ámplia y gloriosa; hablaré, sí, de la civilizacion del siglo XIII, pero solo á rasgos y reduciéndome principalmente á nuestro país, donde un genio inmortal, milagro de sabiduría, realizó lo que solo pudieron alcanzar en Europa favorables acontecimientos, y muchos sábios y genios reunidos. Nadie dudará ya que me refiero á D. Alonso décimo, en quien el cielo, si derramó raudales de su inteligencia infinita, permitió, como en contrapeso de tanta gloria, que destrozasen su corazon dolorosos infortunios.

Al dar principio á mi tarea parece que la grandeza de cuanto me cerca viene á turbarme y á empequeñecer los estrechos límites de mi inteligencia. Aquí, en esos monumentos el genio de la guerra, la ciencia de Dios, columna de la fé, las letras y las musas, hasta las creaciones de las artes con sus primores y maravillas, contribu-

yen á engrandecer este magnífico recinto. Y como si todo esto no fuera bastante á sobrecoger mi espíritu, al dirigir mi vista por entre vosotros, echo de menos al modesto sacerdote, al compañero querido que nos enseñaba á todos con su profundo y vario saber, á ser benévolos con la dulzura de su carácter, á ser buenos con el atractivo de sus virtudes. (1) ¡Ah! que ya que la muerte ha sido inexorable y cruel arrebatándole á nuestra veneracion y cariño, bondadoso el cielo le tenga con sus escogidos en su santa gloria!

En los primeros siglos del cristianismo, cuando los bárbaros del norte, á modo de inmensa plaga, se habian enseñoreado de Roma y extendido por los territorios europeos, los pueblos eran presa de la devastacion y de todo linaje de infortunios. Algunos hombres virtuosos, fija la vista en el cielo, único que podia aliviar sus desventuras, refugiáronse, unos en las iglesias de las poblaciones, y otros buscaron asilo en la soledad de los desiertos. Allí pudieron consagrarse sin zozobras á la austeridad serena de la vida contemplativa: en esos centros de la virtud, lo mismo del campo que de las ciudades, asentándose tambien las ciencias, las letras y las artes, se conservaron y estudiaron con amor los tesoros de la antigüedad griega y romana. La ciencia entónces perdió su carácter material; y la poesía, dulce emanacion del sentimiento, igualmente transformada, entregóse unas veces á las inquietudes del espíritu en la contemplacion de su propio sér, y

---

(1) El autor alude al sábio y virtuoso catedrático Dr. D. Jorge Diez, muerto en Junio de este año.

otras á la purísima esperanza de la beatitud eterna.

La sociedad, en esa época en que la fuerza material y la barbárie lo avasallaban todo, hallábase en tal manera opresa y envilecida, que sin documentos auténticos y la narracion unánime de historiadores concienzudos, la razon se negaria á dar crédito á lo que de ella se refiere en punto á su opresion y vilipendio.

Con el nombre de feudatarios de la corona, y despues como adversarios del rey, los señores ejercian en sus estados un poder omnímodo, sin mas sujecion ni ley que su interés, su capricho, ó sus bastardas pasiones. Si entre nosotros no habia llegado la sociedad á ese infeliz extremo de abyeccion, el nombre de los señores de horca y cuchillo nos recuerda que no fué nada blando su imperio.

Continuar por mas tiempo en aquella degradacion y miseria, íbase haciendo imposible. La Providencia divina hizo que del mal mismo brotase el remedio, y surgió la institucion de la caballeria. Constituyéndose ésta en ley viva, colocóse al lado de los oprimidos, de los menesterosos y de los débiles, que desde entónces tuvieron en ella poderoso amparo.

Obsérvese que toda la alteza de esa institucion, su honor inmaculado, sus sacrificios, hasta su abnegacion de la vida para defender lo justo y amparar al débil, débense en gran parte á que intervino la religion en sus ceremonias y dictó sus reglas.

Mas esos elementos, base de toda civilizacion, no podian constituir por sí solos cuanto era necesario para el buen régimen de aquella sociedad. Continuaba, pues, la servidumbre del estado llano, aunque ménos dura, y solo

fuéle poniendo término otro hecho trascendental, la institucion de los comunes ó municipios de las ciudades. Colocándose bajo las banderas de los reyes, acudieron estos en su auxilio y fueron sus solícitos defensores. Paso gigante fué éste en el camino de la independencia y la cultura de los pueblos; y como todo lo que es benéfico encuentra en los corazones, no egoistas, generales simpatías, los comunes llegaron á alcanzar tal poderío y tan ámplia extension, que constituyéronse á su vez en defensa y apoyo de los monarcas contra la opresion del feudalismo.

En tanto las iglesias y los cláustros pugnaban por extender la sabiduría, y con ella la dulzura de sus costumbres; pero escritos sus libros de ordinario en latin, idioma desconocido de la muchedumbre, no era bastante su accion solícita para destruir de pronto la herrumbre de tan envejecida ignorancia.

La poesía, escrita en romance, y penetrando en las córtes y en las fortalezas feudales, vino en apoyo de su santa empresa. Al encanto de sus narraciones despertóse en unas y otras la aspiracion á lo ideal, amaron la belleza artística, y sentimientos hasta allí desconocidos contribuyeron á dulcificar la genial fiereza de sus moradores.

Otro acontecimiento aún más grandioso, las cruzadas, pareció destinar al siglo XIII á recoger la escasa herencia social y científica de los anteriores, y á formar con sus elementos el magnífico edificio de la civilizacion moderna. Destruyendo aquellas la personalidad egoista, acumulando en Italia, por donde pasaban los partidarios de la cruz, las riquezas y los varios caudales de sus conocimientos,

y trocando el interés individual en sentimiento de abnegacion, la mente y el corazon de los grandes señores, puestos ántes en las cosas de la tierra, convirtiéronse en muchos á las del cielo, y no solo aspiraron al sacrificio por su Dios, sino á la perfectibilidad humana.

El saber, ántes escaso, y circunscrito á raras y determinadas personas, extendióse considerablemente y levantó admirable vuelo en los génios prodigiosos de S. Anselmo, Alberto el grande, Santo Tomás de Aquino, S. Buenaventura, Scoto, Raimundo Lulio, Rogerio Bacon y otros insignes pensadores. La animacion del escolaticismo filosófico en aquella época, si contribuyó á alimentar en la Teología transcendentales errores, comunicó en cambio tan febril ardor á los espíritus, que, afanosos de saber, consumian en el estudio, en la investigacion y en la controversia su sér y su propia vida.

Estalló la lucha entre nominales y realistas; aquellos, á cuyo frente hallábase Roscelino, colocando la razon por encima de la fé; estos, suponiendo que fuesen cosas distintas, invocando las pruebas de la fé para refutar á sus adversarios. En medio de esa lucha escuchábase la veneranda voz de S. Anselmo determinando los límites entre la Teología y la Filosofía: «aquella, decia, me enseña que Dios existe en tres personas, ésta que se llega al conocimiento del dogma mismo con el auxilio de la reflexion.» No faltará quien crea que sus palabras autorizan las erróneas aserciones de Fichte en el siglo anterior, emancipando la razon de la fé; (1) mas prescindiendo de que

(1) César Cantu.

S. Anselmo dice claramente que hay peligro en discutir contra ella, y que la fé cree y no disputa, él entiende que la razon, léjos de rechazar sus verdades las demuestra claramente, como en nuestros dias lo hemos visto comprobado en los discursos del Cardenal Wisseman.

Cuando más récia era la lucha entre nominales y realistas apareció un joven, noble de orígen, de prodigiosa inteligencia, poeta, filósofo, teólogo, orientalista y orador tan elocuente, que sus lecciones en París atrayeron crecida concurrencia, y como jamás se habia visto, dando orígen á aquella Universidad. Veinte cardenales y cincuenta obispos salieron de su escuela. Sin embargo, la fogosidad de su fantasía, que le llevaba lo mismo á romper lanzas en los torneos que á profundas investigaciones filosóficas, empeñóle, apesar de su buena intencion, en controversias peligrosas. Sus amores con Eloisa, pues me refiero á Abelardo, fueron ocasion de la desgracia de ambos; no por ella, alma tierna, apasionada y buena; antes bien por la vanidad é inquieta imaginacion de aquel. La estrechez del claustro separólos para siempre, si la memoria de su infeliz amor les tuvo juntos: pero su gran espíritu, nutrido para la vida del entendimiento, no pudo vivir sin ella.

Eloisa, Abadesa del Paracleto, admiró al mismo S. Bernardo en sus lecciones de Teología y lengua griega y hebrea. Abelardo, menos tranquilo, no pudo continuar de Prior en San Gilde, donde temió el veneno, y terminó sus dias en el monasterio de Cluny. Solo la tumba podia dar reposo á aquel agitado corazon y á aquella mente fogosa: sus errores eran hijos de su anhelo de investigarlo y explicarlo todo. Fué nominal, y no como Ros-

celino; fué tambien partidario del misterio de la Trinidad y su explicacion no era ortodoxa. Asoció la dialéctica á la teología, y dedujo que la ciencia no era resultado de la fé, ántes solo una opinion mientras la razon no viniese en su apoyo. Él anhelaba una discusion con S. Bernardo; este la rehusó, pero su insistencia hízole aceptarla: el santo Abad mostró en ella tal erudicion y razones tan poderosas, que confundido Abelardo, y confesándose vencido, redújose al silencio.

En aquella constante lucha intelectual, en que las verdades del Crucificado aparecian cada vez mas claras y poderosas, para cada uno de los que se desviaban de sus saludables doctrinas aparecian nuevos atletas á sustentarlas.

Entónces Alberto el grande, asentó sobre la anunciacion del Hijo de Dios ciento treinta y tres cuestiones, con las cuales ofrecia la Biblia extenso campo á la controversia, segun se aceptase el sentido alegórico ó el místico. Conocedor profundo de los libros índicos, comentador de Aristóteles y no menos perito en Geografía y Astronomía, su alto genio y profunda y variada erudicion conquistáronle con justicia el dictado de grande.

Por aquel tiempo iban haciéndose gran lugar las ciencias naturales y exactas; la Alquimia, la Astrología, las Matemáticas y la Cábala, materias á cuyos conocimientos debió el Mallorquin Raimundo Lulio famoso renombre. Filósofo, teólogo, orador moralista, naturalista, jurisperito, matemático, filólogo, poeta y preceptista, en su *Ars magna generalis* levantóse hasta la altura de las regiones teológicas, y descendió con seguro criterio al aná-

lisis químico: y como si no tuviese por bastante esta obra, asombro de genio y de sabiduría, escribió el *Arbor scientiæ*, no ya tanto para explicar á aquella, cuanto para mostrar que habia sabido unir acertadamente su esfuerzo, con notables ventajas, al de los ingenios orientales.

Su extraña vida parecia conformarse con la bizarra y pasmosa variedad de sus estudios: de conducta disipada en la juventud, casado despues, y abandonando luego esposa y riquezas, tomó el hábito de fraile menor y entregóse á la penitencia. Considerado á la vez como demente y cuerdo, corriendo por África, donde predicaba á los infieles, y por Italia, Francia é Inglaterra; rechazado por unos príncipes y aceptado por otros, llamáronle sucesivamente Roberto Bruce y Eduardo II de Inglaterra. A este, segun el dicho de dos contemporáneos convirtióle en solo una vez, en oro puro, cincuenta mil libras de plata, estaño y plomo.

Sea esto ó no cierto, de Lóndres partió á Mesina, luego á la Tierra Santa, y despues á África, donde, continuando en la predicacion, sus arriesgadas empresas trajéronle la muerte. Hombre verdaderamente maravilloso, sea bajo el aspecto de su inmensa sabiduría, sea bajo el de su genio y carácter, tuviéronle unos por mágico y otros por santo; pero con aquella ardiente é inquieta fantasía su felicidad era imposible.

En aquella edad floreció tambien S. Buenaventura, discípulo de Alberto el grande: más ingenioso que su maestro, dió preferencia á la intuicion sobre el método dialéctico, y procuró concordar las doctrinas aristotélicas con las alejandrinas. No aprobando la opinion de los lla-

mados contemplativos, que negaban certidumbre á la experiencia y fuerza á la luz intelectual, aplicóse á devolver sus fueros á la razon: añadia que el Sér entra en nuestro espíritu, y que este acepta la verdad, no como si percibiese una cosa nueva, sino como innata en él. Consideró la autoridad del silogismo como algunos siglos despues Descartes, combinando sábiamente el razonamiento con la intuicion. Sostenia además que el don perfecto bajo una forma múltiple emana del Altísimo, explicando que la claridad superior de la gracia y de la revelacion excede á la razon; que todos los conocimientos proceden de ese mismo orígen y van á parar, por tanto, á la ciencia de las verdades santas, únicas que pueden perfeccionarlos.

De gran apoyo para la fé en aquellas agitadas luchas fué el genio de Santo Tomás de Aquino, discípulo tambien de Alberto el grande. Estrella esplendorosa entre las mas puras de aquel cielo intelectual de la religion, en su *Summa Theológiæ,* admirable ensayo de un sistema completo de Teología comprende la moral general, segun los doctores, concordada con la aristotélica. Esta obra inmortal, como dice un profundo escritor, (1) «es una enciclopedia asombrosa en que la ciencia, la fé, toda la erudicion de su tiempo se desenvuelven bajo la forma silogística, síntesis magestuosa que tiende á producir el órden absoluto de las cosas; Dios uno, la Trinidad, las leyes del mundo, el hombre.»

---

(1) César Cantu, histoire universelle, tom. 5, pág. 184.

Excluyendo de la filosofía lo falso para sacar lo verdadero, creó la Psicología, la Ontología, la Moral y la Política, segun la fé. Aplicóse á ordenar el idealismo, á consolidar la teoría del pensamiento, expuesta por Aristóteles, mezclando en esto las ideas platónicas, y desenvolviendo al par las nociones de la idea y de la forma como partes constituyentes de la individualidad.

No es menos sensato en su política. Define la ley, y añade que será buena cuando tienda al bien general y no excedan sus disposiciones del poder del legislador. Decídese en punto al gobierno por la forma representativa: condena la sedicion y la juzga crímen digno de muerte, y á la vez considera como ilegítimo al gobierno tiránico.

Algunas de sus doctrinas teológicas tuvieron un fuerte adversario en Juan Duns Scoto: empleando éste una dialéctica sutil para el descubrimiento de la verdad, estableció como base de la certidumbre la revelacion demostrada, necesaria y verdadera. (1) De su oposicion nacieron las dos grandes escuelas de la Edad media apellidadas Tomista y Scotista. Otro Scoto, llamado Miguel, tradujo la historia natural, el libro del alma y los del cielo y del mundo, de Aristóteles.

Áun los árabes, mitigado el arrebato primero de su fanatismo, recibieron en gran parte la cultura filosófica de los cristianos, que les dieron á conocer los escritos aristotélicos, comentados por los neoplatónicos: Averroes y

---

(1) Histoire de la filosofie de Tennemann.

otros ilustres filósofos musulmanes son admirable ejemplo; la Filosofía en sus manos no sirvió poco á sus estudios médicos, y Damasco y Córdoba llegaron á formar considerable plantel de iniciados en la ciencia de Hipócrates.

La exaltacion de las ideas en aquel tiempo llevábales á teorías sutiles con que obstruian el camino de la experiencia. Al-Kindi aplicó las proporciones geométricas y musicales para determinar la accion de los medicamentos compuestos, y el mismo Averroes se esforzó en asociar la dialéctica griega á la medicina. Mas no siempre la preocupacion ó el espíritu de escuela se introducian en sus investigaciones médicas, y entónces véseles discurrir con razon y hacer á su sombra considerables adelantos en la ciencia. Albenzoar, judío de Sevilla, dedicóse á la práctica de la medicina; más aún á las preparaciones farmacéuticas y á las operaciones quirúrgicas, y escribió un tratado de medicina y de higiene.

Mayores progresos hacia la Medicina en las Universidades de Italia, donde tan alto lugar tuvo la jurisprudencia: en Francia la escuela de Montpellier anunció desde luego lo que de ella debia esperarse en la posteridad.

Uno de los estudios á que mayor preferencia daban entónces los espíritus, era la Astrología. Sus adeptos, suponian que los siete astros mayores, y las doce constelaciones del Zodiaco tenian sometido á su irresistible influjo los mundos y los imperios, y áun los miembros de que se compone el cuerpo humano. No era menor el poder de las piedras preciosas, segun ellos, sobre el carácter, sentimientos y condiciones morales del hombre: por

estos medios consideraba el astrólogo que podia conocer las propiedades ocultas de las cosas, adivinar lo porvenir, y ejercer influencia en los acontecimientos humanos. Seria forzoso mucho espacio para dar á conocer cómo en esa ciencia se multiplicaban los errores, transmitidos en parte, y acojidos en las escuelas neoplatónicas y en las doctrinas de los gnósticos. Todo astrólogo ó alquimista creia tener á sus órdenes un espíritu superior, y ejercer dominio en los muertos: de aquí la nigromancia que fué enseñada por Árabes en Toledo y Sevilla.

El estudio de las ciencias naturales convertíase entónces por muchos eruditos en el de la Alquimia, y el de las matemáticas en la Cábala. Por la una transmutábanse los metales en oro; por la otra se adivinaban los más recónditos secretos de la naturaleza moral del hombre. En ambas ciencias hubo iniciados de buena fé que procuraron llevarlas á la perfeccion; pero á la sombra de tales preocupaciones medraban los que de ellas hacian vil tráfico, engañando á los incáutos, como aconteció á algunos reyes, príncipes y grandes señores.

Rogerio Bacon, una de las inteligencias á la sazon de más alto renombre, que creia sinceramente en la virtud de la alquímia, escribió una obra titulada *Speculum alchimiæ*, en la cual explica menos enigmáticamente y con más precision que hasta allí sus adeptos, los medios y el fin de esa ciencia. Hombre de buena fé, lo mismo que Raimundo Lulio, lleva á todos los alquimistas la ventaja de haber sido el fundador del método experimental. Aplicóle á la óptica, donde alcanzó ventajas de consideracion: conoció la pólvora siglo y medio ántes que el pretendido

descubrimiento de Schwartz, sin que la posteridad haya sobre este punto pronunciado su nombre.

Donde más resplandece el copioso caudal de sus conocimientos es en su *Opus magnum*: allí explica el poder de la naturaleza y los absurdos y nulidad de la mágia; y en seguida añade: «pueden construirse para la navegacion máquinas tales que los más grandes buques manejados por un solo hombre caminen por rios y mares con mayor rapidéz que si estuviesen llenos de remeros: pueden tambien hacerse carros, que sin auxilio de animal alguno corran con velocidad incomensurable»: despues habla de la invencion de un aparato para caminar por el aire, de sencillas máquinas para levantar enormes pesos, de puentes seguros sin pilares intermedios, y de mecanismos para andar sin peligro por el fondo de los mares. Sus descubrimientos y maravillas sobre los juegos de la luz no tienen número. ¡Quién no vé señores en este prodigio de genio y saber el orígen de gran parte de los adelantos en la industria moderna! ¡Lástima grande que aquellas imaginaciones ardientes, llenas de un anhelo superior á los límites que el Eterno fijó á la inteligencia humana, no se contentasen con lo natural y aspiráran á lo maravilloso é imposible!

Áun así vemos que la verdadera sabiduría sigue en su giro providencial, luchando como siempre, para abrirse paso por enmedio de la niebla de errores que levantaban el espíritu de escuela, y aquella tempestad de pasiones sostenidas por la vanidad ó la soberbia, y amigas de la novedad y de la disputa. En aquellas porfiadas controversias escuchábase que Dios es todo y que

todo es Dios; que la criatura y el Criador son una cosa misma, y que las ideas son creadoras y creadas. Tambien hubo quien sostuviese que Dios es la materia universal, y que las formas son accidentes imaginarios. Las primeras ideas de las doctrinas panteistas, hoy tan en boga en algunos filósofos, hállanse en varios escolásticos de aquella edad.

Esa metafísica de la razon, esa invencion bizarra de extravagantes cuestiones, hizo exclamar indignado á Gauthier de Saint Victor; «ellos forman tal juego de lo verdadero y de lo falso, y con tal sutileza que exceden á nuestra inteligencia sus razones: fijaos en sus palabras y no sabreis si existe Dios ó nó; si Jesucristo se hizo hombre ó tomó cuerpo fantástico; si hay algo real en el mundo ó todo no es más que ilusion. ¿Qué somos? ¿de qué nos encontramos rodeados, alimentados y sostenidos? ¿la naturaleza de las cosas es sombra vana y engañosa? No se que me indigna más, si los que afirman que nada sabemos, ó los que suponen que nada se escapa á nuestra comprension». Observad señores, por lo que dejo expuesto y por las palabras de Saint Victor, que aquellos errores tienen gran semejanza con los de nuestra época, sin otra diferencia en parte que la metafísica y elevacion con que sus autores los exponian.

¡Mas enmedio de esas aberraciones del espíritu qué movimiento intelectual tan animado y poderoso! Todos los ramos del saber humano enseñábanse en la Universidad de París, y en las no menos célebres de Italia, llenas de numerosa juventud, ávida de sabiduría y atraida por la voz elocuente de los profesores. No existia mate-

ria perteneciente á Dios, al Cielo, al hombre, á la naturaleza, á la tierra, que no se enseñase y levantara á cerca de ella discusion, opiniones, partidos, luchas, hasta dilucidarla bajo cuantos aspectos podian soñar aquellas mentes. Y en esa disputa general, ¡cómo se consuela el corazon y se recrea el ánimo al ver del lado de la verdad á los más sábios y virtuosos! ¡Qué importan los errores, como dije al principio, si son siempre gran estímulo al saber para disiparlos! Mirad cómo S. Anselmo destruye los de Roscelino; cómo á la respetable voz del Santo Abad de Claraval, cae por el suelo el aparato científico de Abelardo; y cómo los demás errores desaparecen tambien ante la dialéctica indestructible de un S. Buenaventura, un Santo Tomás, un Alberto el grande, un Pedro Lombardo y otros adalides de la fé católica. Entónces venció la verdad; hoy acontecerá lo mismo.

Si sus triunfos fueron gloriosos, no era menor el acatamiento con que se les consideraba. Al entierro de San Buenaventura concurrieron el Pontífice Gregorio X, el Rey de Aragon, y extraordinario número de Obispos y Abades. Cierto es que pocos de estos grandes sábios fueron príncipes de la Iglesia; pero debióse á que su humildad extrema, como aconteció á Santo Tomás de Aquino, rechazó constantemente la pompa y los honores. Monjes humildes en su mayor parte, no se desvanecia su espíritu con los apláusos que en torno suyo resonaban; empero esa lisonja, esa pasmosa sabiduría y ese vivo interés por la cultura social y por el triunfo de las virtudes, desmienten la preocupacion del pasado siglo que juz-

gaba á los frailes de aquella edad entregados á la más grosera ignorancia.

A ese espléndido cuadro de la sabiduría uniéronse los acentos de las Musas como para llevar la calma y el solaz en el seno de aquellas agitadas guerras científicas. Los juglares, ya entrado el siglo XIII, habian comenzado á bastardearse, y los hombres doctos, recogiendo su rica herencia, dieron á la poesía mas sonoros y atractivos acentos. Aficionados á ella tambien los nobles hizo esto desaparecer su rudeza nativa, y les inspiró ocupaciones y recreos morales é instructivos.

De esa gran pléyada poética, como para mayor realce y brillo de la verdad triunfante, surgió al alborear el siglo XIV un génio peregrino, el mayor quizás en majestad é invencion poética que ha conocido el mundo. Dante á quien me refiero, Guelfo de orígen y Gibelino por encono, teólogo admirable y partidario de la república hasta que sus horrores le hicieron pensar en el imperio, demostró en su divina Comedia en que cantó el Infierno, el Purgatorio y el Paraiso, que no ya la venganza, ni solo el espíritu de la poesía movieron únicamente su pluma. Síntesis animadísima su poema de cuanto se sentia y creia en aquella edad, y más que todo del saber teológico y de las verdades reveladas, viene á ser como la trompa de la fama con que el númen poético las ensalzaba y rendia alto homenage.

La idea de Dios, de la eternidad y del premio ó el castigo en ella, y la del sacerdocio y el imperio unidos, como elementos salvadores de la sociedad, dominan constantemente en su obra. Así Lucifer en el infierno ator-

menta á Júdas, Cásio y Bruto, como rebelde á Dios el primero, y á la potestad imperial los otros; mientras que en el paraiso resplandecen las hermosas figuras de Santo Tomás de Aquino y de S. Buenaventura, circuidas de vivos resplandores, como emblemas de la virtud y de las verdades santas.

Maravillóse aquella sociedad ante tan sublime epopeya; se establecieron cátedras para explicar sus innumerables bellezas y esclarecer la oscuridad de algunas de sus constantes alegorias; y llenos los ánimos de sus prodigios y avasallada por ellos la poesía, no sabia sentir ni pensar, sino como habia sentido y pensado Dante. Sus acentos, que en contínuo elogio resonaban de generacion en generacion por el mundo de las letras, contribuyeron al renacimiento del clasicismo literario en el siglo XV, y considerablemente á la apoteósis de la verdad católica.

Mas observad, señores, como yo lo he observado con pena, que en ese brillante cuadro de la cultura intelectual del siglo XIII, todas las naciones europeas tuvieron parte y digno puesto, ménos la península española. Francia, Italia, Inglaterra, Alemania; todas rivalizaron noblemente en aquel notabilísimo concurso para hacerle el siglo más grande de la Edad Media. La pobre España solo pudo presentar en esa admirable justa científica al insigne mallorquin Raimundo Lulio: pero su estado social prueba que no abandono, ni desamor al saber diéronle en ella lugar tan humilde: las tristes circunstancias que á la sazon la cercaban, ocupada en la terrible lucha de la reconquista, fueron causa de que esos rayos de clari-

dad científica que iluminaron el hemisferio de las naciones referidas no pudieran tener fácil entrada en la nuestra. Necesitábase largo transcurso de tiempo, ó un genio que los recogiera y diese carta de naturaleza, y ese genio fué D. Alonso el Sábio: adelantándose considerablemente á su siglo, asumió y enalteció en su preclara mente toda la sabiduría de aquella época.

Deseando popularizar los conocimientos, ideó la propagacion del uso de la lengua vulgar, única que el pueblo comprendia, y llevó á cabo su intento con infatigable actividad. Ya su augusto padre el rey santo habíale abierto camino en esa generosa idea mandando traducir el Fuero Juzgo para regimiento de la ciudad de Córdoba. Jóven D. Alonso, de levantado aliento é índole benigna, amaestrado en el arte de la guerra por las expediciones y gloriosos triunfos de su padre, esforzado como él, y seguidor de su política militar, segun lo muestran sus victorias en el reino de Granada y su conquista de Murcia, sin los reveses de su adversa fortuna le habria tal vez igualado en alteza política.

Mariana, á quien han seguido la mayor parte de los historiadores, consideróle más apto para las letras que para el gobierno del Estado, añadiendo que «mientras contemplaba el Cielo y miraba las estrellas perdió la tierra y el reino.» Frase esta más ingeniosa que sólida, sirvióle de principio para juzgarle, sin que diesen lugar á templar el rigor de su crítica sus no buscados é inevitables infortunios. El orígen de todos ellos puede decirse que estuvo en su eleccion de Emperador de Alemania: decidióse tarde á tomar posesion, suponiendo que aquella,

como hija del derecho, seria segura y estable, y no fué así: al ausentarse de España con ese intento, vióse obligado á hacer considerables gastos y á alterar mas tarde por esta causa el valor de la moneda, cosa no extraña entónces en Europa. No habria sido sin embargo esto bastante á su desgracia si la muerte prematura de su hijo primogénito D. Fernando, á quien encomendó la direccion del reino, durante su ausencia, no hubiese hecho necesario trasladar el mismo poderío á su segundo génito D. Sancho. Este, oyendo más la voz de la ambicion que la de sus santos deberes, y hallando en su plan fácil complacencia, si no excitacion, en magnates codiciosos y desleales, que en la ilustracion y la unidad del reino á que aspiraba D. Alonso veian la disminucion de su predominio y riquezas, alzóse con el poder supremo de aquel, arrebatando al par, con escandalosa injusticia, la herencia al hijo mayor de su difunto hermano. Desde entónces ni un solo dia sereno lució en la vida del sábio rey. En guerra constante contra su hijo, abandonado de sus pueblos y sin restarle más poblacion leal que esta ciudad nobilísima, la amargura y el despecho irritáronle hasta el punto de maldecir al rebelde D. Sancho. ¡Por qué Mariana no tomó en cuenta lo que hubo de fatal en estos tristes acontecimientos! ¿Le habria considerado acreedor á elogio por los prósperos, hijos más bien de la casualidad que de su propia accion? ¡Pero con la grandes desgracias, ni áun la posteridad suele ser justa!

Tenga ó nó razon Mariana, no es como gobernante el sentido en que ha de colocársele en este discurso. Si no pudo realizar los altos fines políticos que de su gran-

deza debian esperarse, su aciago destino no le pudo arrebatar la luz que la Providencia divina le destinaba á derramar por todos los ámbitos de España. Legislador preclaro, guerrero, poeta, filósofo, matemático, historiador y astrónomo, en relaciones con los hombres de mayor doctrina y con los juglares y trovadores provenzales de aquella centuria, estas circunstancias sirvieron poderosamente á su intento civilizador: su córte no fué menos culta, sino más, que la del célebre Almanon, llamado el Augusto de los árabes, y ningun príncipe protector de las letras igualó jamás en tan generosa idea á su voluntad decidida.

Medios escasísimos eran los que contaba para realizarla. Solo existia entónces la Universidad de Salamanca fundada por su abuelo D. Alonso IX, tan pobre en enseñanzas, que carecia de vida y de resultados favorables á las ciencias. Comenzó, pues, por enriquecerla con las asignaturas que le faltaban, dándole así esplendor y poderosa existencia.

Al principio de su reinado dedicóse á la composicion de *las Tablas astronómicas*, obra de grandísima importancia entónces, por el considerable atraso en que esa ciencia se hallaba. La Astronomía, llamada á la sazon más comunmente Astrología, dedicábase en este segundo sentido á conocer, segun ya lo hemos visto, el efecto de los astros sobre el hombre y las diversas partes de la naturaleza. El rey sábio en la elevacion de su gran espíritu, desdeñando esas preocupaciones, tristes hijas del afán de engrandecer los débiles alcances de la humana inteligencia, solo pensó en hacer formal y con-

cienzudo estudio de la ciencia astronómica en su verdadera y legitima acepcion. Para ello hizo llegar á Toledo crecido número de sábios rabinos y musulmanes de Córdoba, Sevilla, París, la Gascuña y otros puntos, á quienes trató muy liberalmente: destinó para lugar de sus reuniones el palacio de la Infanta Galiana. El mismo rey las presidia, tomando parte activa en la investigacion y en las discusiones que versaban principalmente sobre el movimiento é influencia de los astros.

No era posible que en breve tiempo, siquiera fuese grande el poder de aquel centro intelectual, se elevase la Astronomía á la altura á que siglos despues la encumbró Copérnico: pero sobrepujó no poco á los descubrimientos de Toloméo, contribuyendo además la presencia de aquellos sábios en la córte toledana á que nuestra literatura tomase el giro moral y oriental que se observa en las obras del siglo XIV.

Regida entónces la monarquía por multitud de fueros, pues cada ciudad obtenia el suyo al sacudir el yugo mahometano, comprendió el sábio rey que la confusion social y el desórden administrativo eran inevitables faltando la unidad, la cual no podia alcanzarse sin que un mismo código legal rigiese en todos sus dominios. Empresa por demás difícil era esta: aunque concebida y principiada por Fernando III su padre en el *Setenario,* hubo de interrumpirse, por que le atajó la muerte en su camino. Conociendo sin embargo que el pensamiento de su augusto predecesor, que era el suyo, quedaria más completo dando otro rumbo á los trabajos comenzados, ideó el Espéculo ó espejo de todos los derechos, que no se puso

en ejecucion, ni tampoco el Fuero Real destinado para el régimen de Valladolid.

Faltaban no pocas materias importantes á este último, lo cual hizo necesaria la promulgacion sucesiva de varias leyes; y para deshacer tamañas dificultades y realizar cumplidamente el propósito de S. Fernando, resolvióse á la formacion de un código completo que abrazase todas las materias en la parte canónica, civil, criminal, de instruccion pública, y política y social, y así contribuir sólidamente al ordenado gobierno de la nacion.

Ya por entónces la dignidad real habia alcanzado mayor prestigio y poder que al principio. Electiva esta en su orígen, no tenia el rey mayor autoridad sobre sus compañeros que la del valor, la osadía y la inteligencia: más tarde los vasallos oprimidos por los magnates, convirtiéronse en decididos parciales del poder real á quien miraban como su apoyo y defensa contra los desmanes y opresion de aquellos. Los centros comunales, compuestos de la clase popular, dando prestigio y fuerza al monarca aseguraban á la vez su libertad y defensa. Con tan poderosos elementos fuese elevando aquel cada vez más sobre los nobles, y entre los pueblos cristianos vino á ser, no ya solo el representante de la soberanía pública, antes bien la imágen ó el delegado de Dios, fundándose en las palabras del Evangelio *Per me reges regnant.*

Mayor fuerza tenia y más respeto inspiraba entre nosotros la potestad real que en las demás naciones: en la larga y heróica lucha de la reconquista, vióse siempre al monarca al frente de los ejércitos dando insignes ejemplos de valor, de piedad, de sufrimiento y de constan-

cia: por eso, mientras que en otros paises la nobleza feudal estuvo á punto de ahogarle, en España, con el amor y el gran apoyo del pueblo, cada vez adquirió más fuerza y brillo, hasta ostentarse con la grandeza y magestad que se advierten en una Isabel la Católica y en un Cárlos V.

Grande era ya el poder real en tiempo de D. Alonso, ¿no habia de serlo despues de Alfonso VIII y Fernando III? Mas esa circunstancia, debida en no pequeña parte al poderoso auxilio del pueblo, imponia á D. Alonso el deber de considerarle en el nuevo código que proyectaba, sin el menoscabo posible de los ricos-hombres, y así lo verificó. No pudo ser este libro, por su magnitud y profunda é inagotable doctrina, obra exclusiva del rey; que no habrian bastado las fuerzas de un hombre solo á componerle: sábese que en la gran empresa le auxiliaron jurisconsultos eminentes, que tuvo esta principio en 23 de Junio de 1256, y que terminó á los siete años. Titulóle las siete Partidas, y hasta para justificar el nombre emplea tan abundante erudicion que maravilla.

Para comprender el valor extraordinario de este código eminente basta cotejarle con los anteriores y áun con los de aquella edad en Europa. Teología, Filosofía natural y especulativa, Historia, derecho civil y canónico, las Sagradas Escrituras, los Santos Padres, los filósofos de la antigüedad, cuanto abrazaba entónces el espíritu humano, todo el saber antiguo y de la Edad Media esparcidos aquí y allí encontraron en esta obra ordenado asiento. A veces la excesiva abundancia científica hácela por demás difusa, y otras incluye materias no pertenecientes

al asunto; hay preámbulos supérfluos, sutilezas y etimologías inútiles; que no era posible la perfeccion en obra tan colosal y difícil. Sin embargo solo las reflexiones que preceden al mandato formarian reunidas y ordenadas preciosos libros de moral social, de filosofía del derecho, de religion, de gobierno y de política: áun el mandato mismo por su rectitud y altas miras seria bastante para darle el primer lugar entre todos los códigos jurídicos. Agréguense á estas inestimables prendas su diccion mucho mas castiza y correcta que ántes, rica en locuciones felices, grave, armoniosa y á la vez didáctica, sin pasaje alguno oscuro, ni frase de dudoso sentido, y comprenderemos la justa razon de su inmortalidad.

Nótese en la refundicion que hace en esta obra de las Decretales, del Digesto y del Código de Justiniano, del Fuero Juzgo y de otros libros de leyes, así propios como extraños, y en las alusiones y pruebas tomadas, ya de la Biblia ó los Santos Padres, ó los filósofos indios, griegos y árabes cómo resplandece la idea católica dominando todos esos elementos de diverso orígen. Y si bien la reunion de tanto material científico debióse en parte, segun he dicho, á algunos sábios, una sola mano inteligentísima, la del rey, funde esos elementos y los clasifica y ordena, dándole nuevo ser y unidad, así en el fondo como en la forma.

La religion, la moral, el órden, la enseñanza y el bien público, son las materias dominantes en este código. Su autor tiene cuidado de decir que lo escribe en servicio de Dios y del procomunal, y de aquí que en la primera Partida se extienda no solo á explicar las relaciones en-

tre la Iglesia y el Estado, sino los preceptos en punto á la Confesion, la Comunion y el Matrimonio, así como las circunstancias de los prelados. Al prohibir las representaciones escénicas en los templos dice: «Nin deben otro si estas cosas facer en las eglesias, antes decimos que los deben ende echar deshonradamente sin pena ninguna á los que lo fecieren; ca la eglesia de Dios fué fecha para orar é non para facer escarnios en ella». La idea de la moral y del mas estricto deber campean en sus razonamientos y mandatos, y tan rigoroso es en este concepto que sus más severas lecciones ván dirigidas al sumo imperante.

Tiene cuidado de asentar el principio invariable de sucesion en la corona, al cual atuviéronse despues todos los mayorazgos regulares: y al hablar de la ciencia que debe adornar al rey dice: «La sabiduría es alma dellalma et espejo del sesso.... ca ella es comienzo de las cosas acabadas et rayz de las noblezas».

Luego en la Partida II, título I, ley X, añade: «Tirano tanto quiere decir como señor cruel, que es apoderado en algun reyno ó tierra por fuerza ó por engaño ó por traicion et estos tales son de tal natura que despues que son bien apoderados en la tierra aman de facer su pro, magüer sea á daño de la tierra que la procomunal de todos, porque siempre viven á mala sospecha de la perder, &c.....»

En la misma Partida II añade: «Mucho se deben guardar los reyes de la saña, é de la ira, é de la malquerencia, porque estas son contra las buenas costumbres. É la guarda que deben tomar en sí contra la saña es que

sean sofridos, de guisa que non les venza nin se muevan por ella á facer cosa que les esté mal ó que sea contra derecho; ca lo que con ella ficiesen desta guisa mas semejaria venganza que justicia.»

Y volviendo á hablar de la instruccion del monarca y de las ventajas que puede traerle para mantener en paz sus vasallos por los ejemplos de buen gobierno que aprenderia, añade en la misma Partida. «El rey que despreciare de aprender los saberes despreciaria á Dios de quien vienen todos, é aun despreciarie así mesmo.... faciéndose semejante de las bestias et seyendo á tal como ellas, &c.» (1).

Hasta como padre de familia para la educacion de sus hijos y para la direccion de su palacio encontrará en sus instrucciones utilísima enseñanza. En seguida al mostrar que el rey debe ser generoso y franco, se expresa en los términos siguientes. «Grandeza es virtud que está bien á todo home poderoso, et señaladamente al rey cuando usa de ella en tiempo que conviene et como debe; et por ende dixo Aristotiles á Alejandro que él puñase de haber de sí franqueza, ca por ella ganarie más aina el amor et los corazones de las gentes,.... et dijo que franqueza es dar al que lo ha menester, et al que lo merece, segunt el poder del dador, dando de lo suyo, et no tomando de lo ageno..... &c.»

El título XXI de la Partida II consagrado enteramente á la caballeria, explica en XXV leyes las cualidades de que debe estar adornado el caballero y sus obli-

(1) Ley XVI, tít. V, Partida II.

gaciones. Este tratado, mina riquísima para conocer las costumbres é influencia de la caballeria española de entónces, no trae ménos noticias acerca de los gefes militares, sus pendones, los sitios, la division del botin y el rescate de los prisioneros. Dá lugar en la Partida IV al matrimonio, considerado por él como el primero de los sacramentos y base de la familia, añadiendo que le coloca en la mitad de la obra como lo está el corazon en el cuerpo humano, desde donde esparce la vida por todos los miembros.

Largo tiempo seguiria aún si hubiera de citar los pasajes que merecen mayor estimacion por la profundidad de las razones y la discrecion y justicia del mandato. Acaso no pueda citarse otro libro en que el espíritu humano haya derramado tan variado y copioso caudal de sabiduría. Observad, señores, que cuando los códigos de leyes caen en desuso, quedan reducidos á una curiosidad científica para los doctos; pero el libro de las Partidas será siempre enseñanza del legislador y de cuantos amen el saber y la belleza literaria. Un escritor anglo-americano, el juicioso Ticknor, dice, que incorporadas la Florida y la Luisiana, ántes colonias españolas, á los Estados-Unidos, han pasado las Partidas en algunos casos, á ser ley vigente en su territorio. ¡Tan grande es el poder de una sábia legislacion!

Sin embargo no solo no pudieron regir desde luego, sino que transcurrieron los reinados de D. Sancho el Bravo y Fernando el IV, sin que se pusieran en vigor: solo la firme energía de Alonso XI pudo conseguirlo en 1348, á los sesenta años de la muerte de su autor. Tan egoista

es el interés particular que las ciudades de mayor importancia, y más aún los ricos-hombres, escudándose en sus fueros especiales, resistieron con tenacidad la obediencia á un código, que si es una gloria literaria española, no vale menos por la rectitud y justicia de sus disposiciones.

Otra produccion de D. Alonso, titulada «*la gran conquista de Ultramar,*» llama poderosamente la atencion como libro de ingenio. Mitad histórica, mitad caballeresca, contiene en la segunda parte todos los accidentes fantásticos que caracterizan los libros de caballeria. Este género literario, que más adelante tomó entre nosotros prodigioso vuelo, extendiéndose su lectura desde las clases elevadas hasta las humildes, era entónces desconocido aquí, y muy cultivado en Francia. Versado el rey en él, propúsose acaso presentar una muestra en *la gran conquista de Ultramar*. Comienza por la historia de Mahoma y continúa con la de su pueblo hasta terminar en 1270. El libro parece que está tomado de la antigua traduccion de Guillermo de Tiro, historiador de las Cruzadas: mas la parte fabulosa, que es donde campea la inventiva del ingenio á la altura de los mejores libros de esa clase, despues publicados, supónese toda original del monarca. Ello es que esta obra por sus condiciones literarias, por su giro, y por la fecundidad de sus creaciones aparece entre nosotros como precursora de las de caballeria. Libro de maravilloso ingenio, á su indudable excelencia, puede unirse la belleza de su prosa, cuyas cláusulas por la correccion y elegancia compiten con las mejores de su autor.

Los notabilísimos sucesos ocurridos en España desde

la conquista visigoda singularmente, daban alas á la inspiracion poética para cantarlos, y al hombre de estudio que no sentia en su alma ese divino fuego, movíale la curiosidad á referirlos: los antiguos cronicones latinos sirvieron de base y de guia á las crónicas escritas en romance castellano. D. Alonso décimo dice en su *crónica general de España,* de que voy á ocuparme, «mandamos ayuntar cuantos libros pudimos aver de historias que alguna cosa contasen de fechos de España, é tomamos la Crónica del Arzobispo D. Rodrigo, y de Maese Lucas, obispo de Tuy.... é compusimos este libro.» No queda ya duda acerca de las fuentes en que bebió el monarca para la composicion de su historia. (1)

Llevado del pensamiento de unidad que le dictó el código de las Partidas, no escribe como se habia hecho hasta allí, la crónica de un suceso, ó de un solo monarca, sino la historia de España partiendo desde los tiempos mas remotos. Acaso su idea generalizadora empeñóle en arrancar desde tan apartada época, y extenderse á puntos innecesarios para la comprension de la historia pátria.

Divide su libro en cuatro partes: la primera principia desde la creacion del mundo, siguiendo despues á la historia romana y continuando hasta la conquista de este reino por los visigodos: la segunda contiene la dominacion goda y la irrupcion musulmana; la tercera continúa esta materia y la de la reconquista hasta principios del

---

(1) Florian de Ocampo sin razones legítimas en que fundarse duda que D. Alonso sea el autor de la crónica general de España.

siglo XI, y la cuarta concluye en la muerte de su padre ocurrida en 1252

Formada esta historia de materiales, cuya veracidad á veces no es segura, otras dudosa y en varios puntos conocidamente falsos, no es maravilla encontrar en algunos sucesos el eco de esos errores. Las historias primitivas han comenzado siempre así, envuelta la verdad con la mentira, hasta que nuevos documentos y la investigacion solícita, y la crítica imparcial han ido separando la cizaña de la buena semilla. Repárese en la historia griega de Heródoto y en la romana de Tito Livio, y se comprenderá la razon de estas observaciones.

Uno de los elementos que contribuyeron á la formacion de esta historia son los cantos de gesta; y ya se sabe que la poesía, áun en esta clase de composiciones, acude á la idealidad, que es su vida, al par que á la verdad para ornarla con las creaciones de la fantasía.

Si la primera parte carece del interés que las otras, á medida, sin embargo, que los sucesos ván acercándose al historiador, parece que cobran en su pluma mayor aliento y vida. Así la tercera parte, nutrida de cantos de gesta, es un reflejo de ellos; y Pelayo y Bernardo del Carpio y Fernan Gonzalez, y los milagros que esmaltan de mayor grandeza sus hechos, ostentan el colorido poético y vigoroso que les dieron los juglares. La parte última, no inferior, en mi sentir, en el estilo á las otras, si ordenada con menor esmero, quizás por falta de tiempo para la lima, la avaloran en cambio quilates de mejor ley, por que sus narraciones descansan en documentos legítimos y dignos de entero crédito.

En suma, la crónica general del Rey sábio descubrió á los cronistas posteriores horizontes hasta allí desconocidos, sirvióles de modelo para la gravedad del lenguaje histórico, y levantó al fin su entendimiento hasta hacerles conocer las miras estrechas de la antigua crónica y la aridez de sus relaciones. Si esto no se verificó desde luego, el transcurso de los siglos, dando á conocer más claramente la grandeza y utilidad del pensamiento del Rey, hizo que germinase en Florian de Ocampo y Ambrosio de Morales, hasta llegar á mayor perfeccion en la pluma del Padre Mariana.

La Providencia divina, que habia dotado á D. Alonso de tan prodigioso genio para las ciencias y las letras, no fué con él menos generosa para el númen de la poesía. Pero su devoto corazon, lleno de amor á la Santa Vírgen, desdeñando los asuntos profanos, acude en sus *Cántigas*, así las titula el autor, á ensalzar su proteccion á los mortales, y los milagros que hizo en favor de sus padres el Rey santo y doña Beatriz de Suavia.

Han extrañado los eruditos que esas cántigas estuviesen en dialecto gallego, siendo aquel tan celoso del prestigio y esplendor de la lengua castellana, y habiendo escrito todos sus libros en ese idioma. Sin embargo, como la diferencia que separaba entónces los dos dialectos era pequeña, no es de extrañar que D. Alonso, nacido en el norte de España, permaneciendo allí algun tiempo y siéndole familiar por esta causa el dialecto gallego, le adoptase, juzgándole más suave y melódico, y por tanto más conveniente para sus cantos á la Vírgen. En ellos imita á los provenzales en la sencillez y los giros; pero el entu-

siasmo que raya á la altura de la poesía lírica, es tan natural en su corazon y tan propio de su fé, que en él se ven retratados muy al vivo sus sentimientos piadosos.

Dispuso en su testamento entre otras cosas: «mandamos que todos los libros de los loores de Santa María sean todos en aquella iglesia donde el nuestro cuerpo fuere enterrado; y que los hagan cantar en las fiestas de Santa María.»

La fortuna, que en vida le persiguió con infatigable saña, no fué con él más benévola despues de muerto: ni las cántigas se han conservado en la iglesia Metropolitana donde se halla enterrado, ni sabemos apesar de su esmero en dejar compuesta la música, que se hayan cantado jamás.

Otro poema suyo, lleva por nombre, *el libro de las querellas*, del que desgraciadamente solo se conservan dos estrofas. Refiérese á sus infortunios.

Al dirigirse en él á su amigo y leal vasallo Diego Perez, manifestándole la honda pena que desgarraba su corazon, pena que ocultaba á la vista de sus ricos-hombres, siéntese el alma herida de esa melancolía que causan los ajenos infortunios, y más cuando son inmerecidos.

Sus versos son elocuente efusion de un alma herida por crueles desengaños. Así, exclama:

A tí que quitaste la tierra é cabdal
Por las mis faciendas en Roma é allende,
Mi péndola vuela, escúchala dende,
Ca grita doliente con fabla mortal.

¡Cómo yace solo el Rey de Castilla!

Estas tristes palabras que tan al vivo pintan el abando-

no en que se hallaba, y que forman doloroso contraste con su pasada grandeza, no podian salir de corazon que no se hallase ahogado por el tormento. Hasta su lenguaje que recuerda la hermosa estructura y sintáxis del de las Partidas, contribuye á hacer mas sensible que no aparezca el libro por completo (1).

El infeliz D. Alonso no alcanzó remedio á sus desventuras. Abandonado de todos los pueblos, fuera de su sola ciudad de Sevilla, en su dolor extremo escribió una carta tristísima al célebre D. Alonso Perez de Guzman, llamado despues el Bueno, que se encontraba en Marruecos. Pedíale que se valiese para auxiliarle de su poderoso influjo con aquel Emperador, á quien servia, sin otra condicion que la de no obligarle á pelear contra España. Dícele entre otras cosas: «Non fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo amparador nin valedor non me lo mereciendo ellos, sino todo bien que yo les fice.... &c.

Por tanto, el mio primo Alonso Perez de Guzman, faced á tanto con el vuestro señor, y amigo mio, que sobre la mia corona mas averada que yo hé y piedras ricas que ende son, me preste lo que élpor bien tuviere, é si la suya ayuda pudieredes allegar, non me la estorbedes; como yo cuido que non faredes; antes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro señor á mí viniere, será por vuestra mano, y la de Dios sea con vusco. Fecha en la mia sola leal cibdad de Sevilla, á los treinta años de mi reinado y el primero de mis cuitas.» El Rey.

El héroe castellano acudió al punto á su llamamiento

(1) No se habla aquí del libro del Tesoro, por que existen poderosas razones para creer que no es suyo. Trátase en él de la transmutacion de los metales en oro.

con numerosa hueste: todo inútil: la suerte de las armas fuéle adversa, y el desdichado rey murió á los dos años, y á los sesenta y tres de su edad, víctima de las fatigas y pesares que le causaba su desnaturalizado hijo.

Dícese por algun historiador que le perdonó en su agonía, cosa probable tratándose de su bondad nativa. No debió sin embargo ser esto cierto, segun lo que manifiesta el Infante D. Juan Manuel, sobrino del D. Alonso y primo de D. Sancho el Bravo, en la conversacion que tuvo con éste en los últimos momentos de su vida al pedirle la bendicion: manifiesta que refiere lo mismo que oyó de los labios del Rey, el cual exclamó al escuchar la peticion del Infante. (1)

«Bien creed questa muerte que yo muero, non es muerte de dolencia, mas es muerte que me dan mis pecados; et señaladamente por la maldicion que me dió mio padre, por muchos merescimientos que yo le merecí.» Y refiriéndose á la bendicion que le pedia continuó: «¡Mal pecado! non la puedo dar á vos nin á ninguno, ca ninguno non puede dar lo que non á... Dióme la su maldicion mio padre en su vida muchas veces seyendo vivo et sano, et diomela quando se moria.» (2)

¿No parece, señores que estas palabras son el eco de su conciencia, que se alzaba inexorable para castigar la iniquidad cometida contra su padre y rey? ¡Merecida ex-

(1) Tambien dice que le maldijo su madre varias veces; pero por no alargar el pasaje no copiamos las palabras en que lo refiere.

(2) Cuenta el Infante D. Juan Manuel este grave suceso en el tratado de las Armas que fueron dadas á su padre el Infante D. Manuel, y más extensamente en el *libro de las tres razones*. El Excmo. Sr. D. Antonio Benavides, en su historia de Fernando el IV, copia esta escena del citado libro.

piacion con que la historia enseña á los ambiciosos! ¡Sus triunfos y el aparato y grandeza de su Córte de qué le servian en aquella tremenda hora sino para hacerle mucho mas infeliz que por su causa lo habia sido su buen padre!

Insólito y maravilloso por extremo, como ha podido conocerse, es el cuadro de sabiduría y el solícito afan por extenderla que resplandecen en las inmortales obras de D. Alonso décimo y en su laboriosa vida. No han faltado eruditos que juzgaron inútiles sus esfuerzos, suponiendo que al descender al sepulcro habíase llevado trás sí todo su esplendor científico, y la sociedad volvia á su antigua rudeza. Verdad es que el saber de su tiempo casi estaba circunscrito á su gran personalidad; porque áun los sábios que le auxiliaban, si separados de su influjo hubieran podido brillar aquí y allí aisladamente, sometidos á su alto prestigio formaron un centro de saber en que solo descollaba su iniciativa y colosal inteligencia.

La nobleza, que, celosa de su dominio y privilegios, se oponia á la unidad de la nacion, y con esto á que rigiesen las Partidas, y que para conseguir su propósito halló fácil instrumento en la ambicion de D. Sancho el Bravo, no pudo impedir á la postre que este, como educado en la sábia escuela de su padre, y conociendo, aunque algo tarde, sus intereses, se mostrara digno sucesor suyo en las ciencias, y tratase de refrenar en los magnates el insaciable anhelo de predominio. El escandaloso suceso de Alfaro, en cuyas córtes, atropellando el real decoro, y olvidados de su deber, desnudaron algunos de ellos las espadas contra su persona, trájole más seguro desen-

gaño sobre sus fines é intencion. Comprendió, pues, claramente que recibian todo su poder de la ignorancia, así como la institucion monárquica habia de adquirirlo de la instruccion y de la cultura social, y dedicóse con solicitud á la realizacion de su idea, presentándose él mismo como noble ejemplo. Su primera obra titulada el *Lucidario,* tiene por objeto concordar la ciencia humana con la divina: mas la que con harta justicia dióle envidiable reputacion literaria, es la que escribió para guia é instruccion de su hijo D. Fernando el IV, con el título de *Castigos é documentos.* No sé que pueda maravillar más en ella, si el tono apacible de los consejos morales, y la piedad y la caridad, ó la instruccion general y la sabiduría que en las Sagradas Escrituras aparecen.

El Infante D. Juan Manuel, su primo, no menos docto, ni de menos elevada inteligencia que aquel, aventajóle en gusto literario. Sus obras fueron numerosas: aunque perdidas muchas desgraciadamente, las que restan, sobre todo, el libro de Patronio, han sido suficientes para darle distinguido lugar entre propios y extraños, como político, literato y filósofo.

Nótese, señores, que los primeros en quienes prende el sacro fuego de la sabiduría de D. Alonso X, es en su hijo y su sobrino; que se muestra en ambos, como en su preclaro progenitor, altamente religiosa, moral, simbólica y didáctica; y que con el mismo giro continuó despues en sus cultivadores. El árbol de las ciencias y las letras echó hondas raices en los dos príncipes; y apesar de las escandalosas perturbaciones de los reinados de D. Sancho, de su hijo D. Fernando el IV, áun de Alonso XI,

y sobre todo de D. Pedro de Castilla, produjo crecido número de filósofos, moralistas, historiadores y poetas.

Nadie dudará pues, con fundamento, que lo que alcanzaron en Europa innumerables sábios en el siglo XIII, á costa de terribles y porfiadas luchas, lo realizó el Rey sábio de más pacífico y menos peligroso modo con el auxilio de su poder, con su incontrastable voluntad y su altísimo genio.

Suprimid, señores, con el pensamiento su gran figura histórica, y veríais retroceder aquella edad en España al oscuro cáos que le habia precedido.

Ya veis, queridos alumnos, los insignes beneficios de la sabiduría. La vida sin el saber, decian los escritores orientales de aquella centuria, no es vida de hombre; y si aplicaban esta proposicion á todos, ¡cuánta mayor fuerza tendrá limitada á los que se dedican como única profesion al cultivo de las ciencias y las letras!

Habeis visto que el rey D. Alonso tomó por fundamento de sus trabajos la religion y la moral, únicos principios en que descansan el órden y la ventura de los pueblos; las mismas ciencias cuando movidas del loco anhelo de la novedad, ó del mal espíritu de la soberbia, se separan de esos sacros fundamentos, conviértense en tristes errores, que roban luz al alma y corrompen el corazon. No olvideis nunca la justicia, que ella mantendrá vivo en vosotros el sentimiento de la virtud, y ésta el deseo de hacer bien. No olvideis tampoco la modestia, que es el mayor freno á la vanidad y la ambicion, engendradoras de malas pasiones; y siguiendo por tan hermo-

sa senda, si ahora sois regocijo y amor de vuestros padres, vendrá dia en que, ya como depositarios de las ciencias, ya de los poderes públicos, seais firme sostén y gloria de la pátria.

HE DICHO.